

C A R T A A U N A M I G O

Madrid, Julio 1958

Querido Leo: Hace mucho tiempo que no te escribo. No es por nada. !Pero se me ocurrían tan pocas cosas que decirte! Yo se' que eres mi amigo, aunque pocas veces lo has demostrado, aun habiendo tenido muchas ocasiones para ello. Y hoy te escribo esta carta, que no sé si llegará a echar, para poder considerarte amigo mío, a pesar de todos tus defectos. Si yo no lo hiciera, no llegaría nunca a ser amigo tuyo. Puedes tomarlo como una confesión que no te he hecho antes, porque sabía que dada tu escasa inteligencia, nunca llegarías a comprenderme. Hoy, sin embargo, por la razón que te he dicho, me he decidido a hacerlo.

Sabes que al principio de nuestra amistad discutíamos mucho, porque tú y yo, yo sobre todo, era aun demasiado joven. Yo tenía entonces veinte años y tú, algunos menos. Estábamos bastante solos y por eso nos unimos. Nuestro principio fué, como todas las cosas, un egóismo vulgar que poco a poco, un poco queriendo y otro poco sin querer, se fué haciendo más noble. Nuestra amistad, es curioso pensarlo, ha subsistido a través del tiempo y la distancia. Si yo hoy te encontrara por primera vez, me serías tan estúpidamente odioso que cruzaríamos cuatro palabras indifeferentes y nada. Sería imposible anudar una amistad.

Pero ahora todo es distinto. Yo me marché primero del pueblo, después te fuiste tú con rumbo distinto, porque la necesidad ^{nos} ~~nos~~ empujó así. !Pero cuántas cosas pasaron desde que nos conocimos hasta que nos separamos! Algún día será preciso recordar, cuando hayan pasado algunos años y estemos tomando una caña de cerveza en cualquier sitio tranquilo, donde podamos evocar y contar todo lo que nos haya pasado en ese tiempo.

No podría entrar en detalles porque sería una carta demasiado larga. Solamente será preciso sugerir impresiones, dar conceptos, cuatro palabras para rellenar las páginas que necesito.

Yo era... ¿cómo era yo? Empiezo por mí. Perdona. En primer lugar, me creo más interesante. En segundo término, tú no puedes oponerte. Yo era un muchacho recién salido de una profunda crisis física, de la que me había repuesto solo. Sin amigos, porque me eran tan escasamente interesantes todos los que conocía, que no me había molestado en cultivarlos. Fíjate. Yo creía entonces y seguí creyendo durante bastante tiempo que el mal estaba en mí, que yo no tenía capacidad para interesar a nadie, a ningún amigo ni amiga. El concepto de amiga, sobre todo, estaba inédito para mí. Me turbaba con las mujeres. No es que me parecieran seres sublimes, sino sencillamente, que no las entendía. En realidad, sacándome de puras abstracciones mentales, yo no entendía nada de nada. Consideraba seres superiores e interesantes a personas de las que luego me he desengañado totalmente. Verás. La razón, la inteligencia razonable mía la podía aplicar en tales ocasiones, pero como me creía auténticamente inferior, una inhibición enorme me impedía siquiera pensar.

Con tu conocimiento he ganado indudablemente, como tú has ganado con el mío. Pero yo he seguido progresando y tú, hasta el momento en que dejé de verte, no habías progresado nada apenas. Y eso que habían transcurrido cuatro largos y enormes años.

¿Sabes que es lo que te vedaba pensar? Un orgullo tremendo, una estúpida soberbia, una inferioridad cargada de complejos, una auténtica cabeza cerrada que se negaba a reconocer la realidad de los hechos. Todo procedía de una escasa inteligencia, aliada a un egoísmo grande y lo más lamentable, estéril. Sí, he aludido a los hechos, porque yo creía que en ellos te corregirías, y no fué así. Los hechos, que tanta fuerza tienen y que tanto te han perjudicado y te han hecho sufrir. Enseguida, para justificar cosas, te ibas por los cerros de Ubeda, sin darte cuenta de que la explicación era tan sencilla que la tenías delante de los ojos.

Al principio, ¿recuerdas?, yo razonaba contigo. Pero yo no era

ni puro ni noble, mucho más impuro e innoble que ahora, y no sabía presentarte los hechos. Mis defectos, que eran palpables, tú me los decías. Y yo, naturalmente, aunque llevara un ochenta por ciento de razón, quedaba apabullado en cuanto tú sacabas agriamente a relucir el veinte por ciento que me faltaba. Así no había manera de entendernos. Y no nos entendimos. Pero yo seguí pensando, analizando - - sabes soy analítico nato - y lentamente, con una lentitud abrumadora, fui orientándome en aquella selva enmarañada que era para mí nuestro pasado ambiente. Tú me serviste. ¿Sabes cómo? Sin frenesí, pero con una fuerte voluntad reflexiva, traté de hallar el veinte por ciento que me faltaba. Ya no discutía contigo, porque tuvimos varias discusiones desagradables en que se cruzaron algunas palabras, hubo algún enfado tuyo, algún maligno goce mío, y yo veía que aquello no conducía a nada práctico. Procuré no desperdiciar mis fuerzas ni amargarme inútilmente.

Teníamos inquietudes literarias. Tú habías hecho algunos poemas. Yo había leído bastante y quería aprender todo lo aprendible. Trato de pensar en aquellos tiempos y creo que nunca te reconocí una superioridad sobre mí. Sí. Veías más a distancia, eras más sagaz en algunas ocasiones y me abrías los ojos sobre algunos falsos valores. En algunas cosas me ganabas.

Pero yo me había puesto hacia mucho tiempo en marcha. Desde siempre, desde que he tenido uso de razón, me han servido mis fracasos. Los he utilizado como si fueran seres vivientes. Pero el uso de razón, yo diría mejor el uso de la vida, me llegó a mí con bastante retraso, porque desde pequeño yo había leído mucho y me había aislado del mundo, formándome uno aparte. Aquello fué maravilloso, porque no me daba cuenta de nada de nada. El tránsito malicioso que se recorre desde la iniciación de la pubertad hasta la primera juventud, no existió para mí. Pero luego lo pagué todo junto. Cuando entré a trabajar en los Grandes Almacenes, yo tenía una ingenuidad fabulosa.

Aun algunas veces me sale a relucir. Pero a lo que iba. Empecé allí a tropezar desde el principio. Tropecé con un tipo amargado, algunos años mayor que yo, que a última hora no ha resultado una mala persona, pero que conmigo lo fué. Supongo que por el goce que nos proporciona a cualquiera de nosotros, al más noble, el tener a alguien bajo nosotros con el que ejercitar nuestro ingenio, nuestra superioridad o el resentimiento que albergamos por alguna mala pasada que nos ha jugado cualquier otro. En realidad, éste fué mi caso. Creo que a ese individuo se le habrá ido ya la mala uva. De todos modos, me es indiferente a estas alturas.

Tengo tanto que decir, que no sé por dónde empezar. Si tú me escribes otra carta, quizá con el reverso de la medalla, tendremos cada uno una visión completa lo más aproximada posible de nosotros mismos. Con todas nuestras intemperancias.

Pues sí, fracasos y fracasos. Yo no sabía tratar a las mujeres. Quería ser simpático y gracioso y la mayoría de las veces me salía el tiro por la culata, quedando en ridículo. Ahora bien, si el conocimiento era casual y la muchacha, al ser limitada, mostraba agrado por mí, sin preocuparse de más, concediéndome una atención y una superioridad previas, yo entonces me reposaba, adquiría mi tranquilidad interna y sabía ser amable, cordial, audaz y muy simpático. Pero cuando tropezaba con una muchacha que me agradara mucho y la siguiera por la calle, aun sabiendo que yo la agradaba, mi timidez era tremenda. Si yo me hubiera acercado a ella, habría vencido, estoy seguro de ello, porque siempre he tenido una profunda confianza en mí mismo. En mi último fondo, yo sabía que ganaba. Pero el enorme abismo entre el pensamiento razonable y la vitalidad práctica, me anulaba completamente para la acción. Así, estuve enamorado muchas veces y nunca logré decidirme. En medio de todo, caso irónico, ha sido una suerte. Si me hubiera enamorado entonces siendo correspondido, probablemente ahora estaría casado y con la vida defraudada, no tendría temple ni ilusiones, habría ahogado mi fan-

tasía en cuanto hubiera comprendido el abismo en que había caído. Ahora me sonrío, con una especie de alivio. !Qué extraños, amargos y duros son los caminos que nos llevan a ser lo que realmente somos!

Todo para mí en el mundo es cuestión de comprensión, es decir, de razón. Pero para ejercitarla es necesario un reposo interior, una libre voluntad intelectual de que yo entonces carecía. Yo tenía el instrumento mental, pero sólo me servía después de haber caído en ridículo. Y me servía mínimamente, porque yo tenía un conocimiento de la vida tan limitado, estaba adulterado por tal cantidad de complejos, que no podía entonces formular las reglas generales que conseguí realizar después. En cierto modo, pienso que aquello fué un verdadero calvario que me endureció para siempre, me hizo estoico y en cierto sentido, insensible.

Pero soy un egoísta, el pecado de que te acuso a tí. Hablo de mí y no hablo de nosotros, de nuestra amistad, de nuestra intimidad, que siempre resultó como yo era, razonable y fría. Tú eras delicado, emotivo falso, mejor dicho, emotivo facilón y bastante cursi. Te defino, procuro definirte, porque contigo es necesario no ser blando para que lo sean otros que no te quieran. Tú podrías ser fácilmente un tipo dostoienskiano. Débil y sentimentaloides y al mismo tiempo durísimo para todo aquello que no te afectara directamente, o fueran sentimientos parcamente expresados por otros, a pesar de ser profundamente sinceros y auténticos. ¿Te acuerdas de aquella niña que te quería por lo guapo que eras? Ella tenía quince años y te quería de verdad. Tú lo sabías y te sentías elevado, estabas enamorado del amor que ella te tenía. Pero ella no realizaba en lo físico tus ensueños de poeta. Era gruesa, tenía los carrillos colorados y andaba sin elegancia. Nunca te escuché ninguna palabra en que realmente apreciaras la cantidad de amor y de ternura que aquella chiquilla guardaba para tí. Jugaste algún tiempo con ella, te sentías amado, le hiciste algunos poemas, y luego se acabó todo. Te apartaste de pronto de ella.

La mencionabas siempre porque te había elevado a tus propios ojos. Yo entonces te comprendía a tí, te escuchaba, pero no comprendí hasta años después, cuando ya todo había pasado, lo que debió sufrir aquella niña gorda a la que su madre le daba palizas para que no se viera contigo. Ella no se inmutaba por eso. Yo sólo la conocí a través de lo que me contabas de ella. A veces resultaba estúpidamente emocionante. Fué el único caso de amor que he presenciado, mejor dicho, Juan Eldorado, ese amigo a quien no puedes ni ver, me contó el suyo.

El también estropeó su romance. Era demasiado joven, calculador y frío para comprender, para ser humano, para saber lo que era el amor. Mira, como tú, él conocía a una niña de dieciséis años que no era inteligente, ni graciosa, escasamente bonita y algo cargada de espaldas. ¡Qué absurdo! ¿verdad? ¡Que una criatura así sepa amar! Ella era demasiado tímida para expresárselo. No sabía hablar, sólo sabía amar con una constancia de acero. Tenía unas trenzas negras que la llegaban a la cintura. Y él fué cruel. Un día le dijo en plena calle que la quería y cada uno se marchó inmediatamente a su casa, pues se sentían avergonzados. Al día siguiente ella se había cortado el pelo a lo mujer, sus hermosas trenzas. Y él quedó defraudado. Se retiró, siguieron siendo amigos y ella no le decía nada. Esperaba. Y pasó el tiempo.

Ella entraba en casa de él, porque era amiga de la familia y el romance era la sonrisa de todos. Luego cayó enfermo y ella iba a verle. Le pagó una apuesta de un beso, el único que de ella recibió. El no la había besado nunca. Ella ya se ha casado con otro.

Me he desviado, he perdido el rumbo. En tu pequeño amor, yo escuchaba lo que tú decías, porque siempre he sido bastante espectador. Siempre me ha gustado escuchar mucho y hablar poco, salvo cuando tenía alguien intensamente dispuesto a escucharme. Entonces me agradaba hablar. Pero eso ocurría en contadas ocasiones.

¿Qué más seguir? A veces nos aburríamos mutuamente, era inevitable. Yo estaba cansado de tí, pero no tenía fuerzas para evadirme. Y además me encontraba solo, porque la gente a nuestro alrededor ca-

recía por completo de inquietudes y en ese punto nos entendíamos. Era un punto básico e interesante que no se podía desperdiciar.

Teníamos otros amigos que tenían también inquietudes. Nos reuníamos a veces hasta seis, un número exorbitante de inquietos en nuestro pueblo. Tres militaban en el campo de la pintura, dos en el de la poesía y yo, que era una especie de diletante de la literatura. Me abstenia de cultivar la palabra artista, que me esforzaba sin embargo en aplicar abundantemente a los demás. En eso sí he sido bastante generoso.

Pero yo contigo me aburría. Te sabía de memoria. No tenías ningún punto de vista original, ninguna reacción interesante. Hablar contigo era como hablar conmigo mismo. Pero yo me había acostumbrado insensiblemente a tí. No hay nada tan estúpido como la costumbre. Es la muerte de la imaginación, de la sensibilidad y de la belleza. Nos embota, haciéndonos como ella es, estúpidos.

¿Tú no veías que yo continuamente tenía agrado, benevolencia y amistad? Me acostumbré a ocultar mis impresiones personales. Yo te hablaba mucho. Pero sobre lecturas, sobre personas, quizá un poco catedráticamente, pero en conjunto, impresiones de carácter general. ¡Ah! Olvidaba decirte que yo pasaba entre todos los que me conocían por pedante. Uno añadió el calificativo de insípido. Pero creo que ha llegado a ser buen amigo mío bastante después. Naturalmente, existe una comprensión entre él y yo, aunque en lo fundamental somos diametralmente opuestos. Quizá complementamos.

Fíjate. Pedante e insípido. Dura calificación, pero exacta. Yo entonces lo era. Quien me reflejó aquella impresión del otro, me hizo un favor, a pesar de su mala intención. Yo cogí las tenazas de mi análisis y descuarticé aquella opinión. Era exacta, respondía a una realidad, no tenía mala interpretación, quizá sí, pero, ¡magnífico, espléndido!, allí había una ocasión, mejor dicho, un punto de apoyo en que apalancarme para seguir mi ruta de corrección. O de perfección,

como quieras, si no es pedante la palabra. ¿Ves? Eso es lo que te ha faltado a tí. Yo soy bárbaramente orgulloso, pero ~~he~~ conocido que eso era nada práctico, y he escogido bajarme del caballo cuantas veces fuera necesario. Nobleza obliga...

Si hubieras sido más humilde, habrías progresado. Pero tú, supongo que era cuestión mental, te negabas a admitir un juicio que te lastimara. Yo, aunque a última hora, conseguí hacértelo admitir en alguna que otra ocasión, porque cuidaba de expresarme con la máxima delicadeza. Era mi inveterado afán, quizá con resabios pedantescos, de quererlo corregir todo.

Bueno, he llegado al número de páginas previsto. No deseo seguir escribiendo porque no me propuesto desmenuzar hechos, sino sólo sugerir impresiones.

Creo que ahora estoy algo más tranquilo y que quizá podamos seguir siendo amigos. Hay en esta carta cosas contradictorias, lo reconozco, pero es que mis sentimientos hacia tí no han llegado a definirse con exacta claridad.

Yo te agradeceré me **contestes** con una carta dura y sincera como esta. Tan sincera como he podido hacerla. Ya sabes que ser sincero es imposible en un total, porque la claridad sobre uno mismo es bastante difícil, casi tan difícil como el camino que tan duramente he desbrozado hacia la sinceridad, que nunca ha sido mi fuerte.

Adiós, amigo, que mis palabras, compréndelo, me han servido para llenar unas cuartillas que me eran necesarias, eso en primer lugar, luego, para descargar un poco la memoria y el corazón de cosas pasadas, por último, para que sepas que a pesar de todo sigo siendo amigo tuyo.

Adiós. Hasta la tuya. Que sea pronto, tu amigo,

Renato



Madrid, Julio 1958